

y en verso titulada *Una Muger generosa*, de la cual diremos cuatro palabras.

Poco desanimado el aplicado jóven don Ramon Campoamor con una tentativa no muy afortunada, aunque loable siempre, y aspirando á menos para tener seguridad de conseguir mas, ha desenvuelto en una accion sencilla, bien que interesante, un pensamiento muy moral, cuya eleccion y desempeño hacen honor á su corazon y á su juicio. El bello sexo debe agradecer al señor Campoamor que tan ingeniosamente haya combatido un vicio que la razon, la religion y la filosofía condenan, y que solo la corrupcion de las costumbres ha podido hacer menos reparable: la infidelidad del hombre á la compañera que le dió el amor, y á quien consagró su fé en los altares, la infidelidad del marido á su muger. La Condesa de Casa-Hermosa que sin noticia de su consorte ausente dispensa su proteccion y su cariño á una esposa, fruto de un amor ilegítimo del condé, pero que hace padecer por algunos instantes á este esposo para corregirle, la amargura de una sospecha tan cruel como la de considerar manchado su honor, es la muger, por todos titulos respetable, que reuniendo la virtud y el ingenio, vindica su propia dignidad al tiempo que perdona una flaqueza. La sociedad entera debe aplaudir al autor que dice por boca de la condesa á todos los esposos :

. ¿ O pensais vos
que el crimen no debe ser
igual en ambos á dos,
y que no hizo iguales Dios
al hombre y á la muger?
No debe haber esenciones
en los sexos, ni disculpa:
iguales son sus acciones,
son iguales sus pasiones;
igual debe ser la culpa.

La versificacion de *Una Muger generosa*, toda en consonante, es siempre fácil, sonora, y abunda en pensamientos tan delicados ó tan enérgicos como el siguiente :

Desecha ya ese recelo,
que si padres la fortuna
no te ha dado en este suelo,
es que mecieron tu cuna
los ángeles en el cielo.
Que de la fragante rosa
al ver el disco encendido,
fuera, por Dios, necia cosa
por preguntar : ¿ do ha nacido?
dejar de decir : ¡ qué hermosa !

La *Firmeza del querer*, comedia de solos cuatro interlocutores, escrita en tres actos y en varios metros, sin emplear jamás el asonante, es en nuestro entender, superior á la pieza de que hemos hablado anteriormente: hay mas artificio en ella, mas contraste entre los caracteres, y principalmente, mas intencion cómica. Si hubiese continuado la empresa que tenia los teatros, sin duda en esta temporada hubiera puesto en escena estas dos producciones de un jóven que tanto se distingue en este difícilísimo género de literatura. Copiaremos algunos versos de esta última comedia, recomendándola á nuestros lectores para cuando se imprima, ya que por ahora no nos es lícito esperar el verla representada. El señor Campoamor es sin duda muy amante de los buenos matrimonios : dice, pues, un esposo tierno á su esposa:

Es muy triste no saber
cuando tus ojos me miran
si es con pesar ó placer :

los labios vas á mover,
y en vez de hablarme, suspiran.

.....
Cuéntame, pues, tu sufrir,
te lo pido por mi amor:
flor que alhagas mi vivir,
dame el placer de sentir
la mitad de tu dolor.

.....
Agite placentera
la risa veleidosa,
como el aura ligera
tus megillas de rosa.
Ya baje fugitiva
por la serena frente,
ya desaparezca esquivá,
ya torne de repente.
Ya en fantástico vuelo
vague en torno girando,
ya dando tregua al duelo,
huya y torne fugáz, fugáz pasando.
Y despues amorosa,
luego que haya tocado
ya el labio colorado,
ya la megilla Lermosa,
aérea, rutilante,
como leve ambrosia
venga á caer amante
en lo mas hondo al fin del alma mia.

Estos versos son de un poeta ; la mayor parte de los de la comedia son de un poeta dramático.

POESÍA.

A. F. O.

Dulce niña tan hermosa,
¿ porqué le pides cantares
á mi lira,
si está ronca y tenebrosa,
y al eco de mis pesares
¡ ay ! suspirará?
Capullo de una flor pura
abierto al sol de la aurora
placentero,
guarda, guarda tu frescura
de la cólera traidora
del enero.

Quando es para tí la vida
un arroyo de mil flores
coronado,
que lleva su agua perdida
de mil pájaros cantores
visitado;

Cuando tu serena frente
del corazon no revela
tempestades,
ni á la solitaria fuente
donde la luna consuela
á las beldades,

Vas á decir tu agonía,
vas á cantar tu tristeza
ó tu quebranto;
¿ porqué empañar, alma mia,

esa angélica pureza
con mi llanto?

¿Acaso, juzgas, hermosa,
los misterios de amargura
y de dolores,
y ángeles ves cariñosos
en ellos de frente pura
voladores?

No, mi vida, que es engaño
esa luz en que creemos
cuando niños,
y su horizonte es extraño,
y sin madre allí nos vemos,
ni cariños.

Vuelve, vuelve á la floresta
donde los pájaros cantan
sus amores,
limpia, angélica y honesta,
como rosas que levantan
sus olores.

Tu destino no es el mío,
que eres tú sobrado bella
y cariñosa:
nunca en mi cielo sombrío
relumbrará alguna estrella
tan hermosa.

Dulce niña, en mi laud
el cantar de la esperanza
se ha perdido,
y á mi triste juventud
el puerto de la esperanza
es el olvido.

Yo no te canto, ángel bello,
no soy cantor de alegría
ni venturas,
ni de tu frente un destello
derrama en el alma mía
sus dulzuras.

==

Adios, adios! mi lira se adormece;
en el hondo letargo de la pena:
tal brilla en los desiertos y parece
la perfumada y cándida azucena.

Adios, adios; el harpa solitaria
que tus abriles no acertó á cantar,
sonará al son de tu infeliz plegaria
en las lúgubres noches del pesar!

Agosto de 1838. = *Enrique Gil.*

ANÉCDOTA.

El dinero.

Yo nunca he estado en Inglaterra, pero dicen los franceses que allí todo se compra y se vende, todo tiene su precio, y nada hay que no pueda pagarse con el dinero. Los franceses son los que cuentan la siguiente aventura que se supone sucedida en Lóndres.

El General Reece ayudante del Duque de Wellington estaba casado y no quería mucho á su muger pero en cambio adoraba al dinero. Su muger francesa de origen habia sido muy hermosa y conservaba muy buenos restos de su be-

lleza. Pero la que verdaderamente merecia particular atencion era su hija que pasaba por la jóven mas linda de los tres reinos.

Cuando la coronacion de la Reina Victoria, concurría á casa del General un jóven francés llamado Eduardo Beaumont á quien distinguía particularmente Mr. Reece sin duda por el espíritu de nacionalidad. Eduardo se enamoró de la hija, y la madre á quien constaba que su paisano poseía un caudal muy decente, aprobó estos amores y prometió favorecerlos en cuanto pudiese. Pero el general tenia otras ideas y habia destinado su hija á un riquísimo banquero de quien tenia recibida ya palabra, sin embargo de que nada habia dicho ni á su muger ni á su hija.

Una noche que habia gran reunion en casa del general observó este que Eduardo parecia dirigirse con gran obsesión á su muger y al momento le ocurrió la idea de sacar partido para pagar la dote de su hija. Para ello dió las competentes instrucciones á su muger como se acostumbra en tales casos, mandándola que estuviese á solas dentro de muy pocos momentos con Eduardo en una habitacion inmediata y que avisase el momento favorable.

No tardó en oirse el sonido de una campanilla que era la señal convenida, y el general que estaba jugando se levanto con mucha tranquilidad y dijo al banquero y á otro que eran los que jugaban.

—Vengan dos á servir de testigos en un negocio importante.

Varios criados tomaron luces y los testigos siguieron al general con el mismo sosiego que si fuesen á ver una corrida de caballos.

Abrió al fin el marido una puerta con gran tiento y de repente se presentaron todos para ver . . . no á la muger sino á la hija del general en plácida conversacion con Eduardo.

—Pues y mi muger? preguntó el general.

—General, dijo con amabilidad el banquero, os vuelvo vuestra palabra por que esta señorita debe casarse con un Lord.

—General, añadió Eduardo, perdonadnos y casadnos.

—Nada de eso, respondió el general. Crawford (el banquero) me ha dado su palabra delante de testigos y tendrá que casarse ó pagar una indemnizacion.

—Pagaré antes que casarme. Me encargo de dotar á la Señorita.

—Pues entonces, dijo el general, que se case con quien quiera.

TEATRO DE LA ÓPERA.

LA STRANIERA, ÓPERA DE BELLINI. — LA SRA. VILLÓ. — LA SRA. LOMBÍA.

Y porque no es costumbre reformar en materia de crítica teatral los juicios, ni aun modificarlos, nos abstenemos de entrar en materia con respecto á esta bellísima ópera, que en nuestro concepto encierra la mejor música de Bellini, si no es el mejor libreto de Romani. Dicho esto, pasaremos á hablar del brillante éxito que tuvo la noche del domingo en el teatro de la Cruz, éxito que es de justicia confesar se debió en gran parte al distinguido talento dramático de la señora Villó. Cuando una cantante ha recibido de la naturaleza las dotes de sensibilidad y ardiente imaginacion que sobresalen en esta artista, es imposible que en ciertos momentos no logre subyugar completamente al auditorio, como la señora Villó lo consiguió completamente en el final de la Straniera, donde, como actriz, hizo cuanto es posible hacer, y como cantante, lo que no podrán hacer muchas. El público aplaudió con entusiasmo, y solicitó que de nuevo se presentase la